

El faraón Tutankamón y sus primeros cien años entre nosotros

Ricardo Uribe Duque

Es este 2022 un año emblemático para la Egiptología, pues celebraremos tres eventos importantes alrededor de la historia del antiguo Egipto.

En primera instancia, conmemoramos los doscientos años del desciframiento de la famosa piedra de Rosetta por Jean Francois Champollion, en septiembre de 1822, comenzando así la egiptología. Gracias a ello, el antiguo Egipto faraónico volvió a hablarnos después de 1.491 años de silencio absoluto, pues en el 531, y por edicto del emperador Justiniano, sus huestes cristianas llegaron al último templo egipcio vivo, el templo de Filae, dedicado a la diosa madre Isis, y asesinaron a los sacerdotes, últimos oferentes de la liturgia, la palabra y la sabiduría sagradas del mundo faraónico.

En segunda instancia, se inaugurará el Gran Museo Egipcio, obra faraónica que tendrá un costo superior a los mil millones de dólares, el cual albergará, entre muchos, el gran tesoro de la tumba de Tutankamón, teniendo como anfitrión, en el *hall* de entrada, la gran estatua erguida del faraón Ramsés II.

Y, en tercera instancia, lo que nos convoca, celebraremos el 4 de noviembre de 1922 que Howard Carter, egiptólogo y arqueólogo británico, con el auspicio de Lord Carnarvon, y acompañado de conocimiento y pasión obsesiva, descubre las escalinatas de la tumba del faraón Tutankamón.

Después de diez años de búsqueda en las arenas del desierto, en el paraje hoy conocido como el Valle de los Reyes, sale a la luz el que estuvo dormido por más de tres mil años, el joven rey Tutankamón, la imagen viviente de Amón.

En 1988, un joven paleo-arqueólogo francés, Christian Tuturidjian, llega al Botánico de Kew en Londres, en busca de material vegetal antiguo con el fin de escribir su tesis de grado, y se topa con una caja de cartón con el rótulo de “Del antiguo Egipto”, en la cual se encontraban docenas de semillas de plantas del tiempo faraónico, provenientes de la tumba del rey Tut.

Howard Carter le había enviado a un amigo biólogo el contenido de la caja en 1932 y, sin conocerse el estudio que realizara de la muestra vegetal, muere, igual que Carter, quien fallece en 1939, dejando en el olvido, en un rincón del Botánico de Kew, la caja y su contenido.

El estudio realizado por Tuturidjian arrojó que las semillas datan de entre 1325 y 1329 a. C, período muy probablemente correspondiente a la fecha de la muerte del joven rey, quien fallece a la temprana edad de dieciocho o diecinueve años.

En el análisis, se encuentran, entre otras, semillas de comino, bayas de enebro, aciano y dátiles, coincidiendo con la magnífica fotografía de Harry Burton, del Instituto Griffith



Tomada de Tutankhamon: his tomb and its treasures, foto de Lee Boltin, The Metropolitan Museum of Art & Alfred Knopf, inc., 1976.

de la Universidad de Oxford, en la cual se observa la guirnalda de acianos y hojas de laurel que adornaba la corona del segundo ataúd del rey-niño, la cual se desintegró al contacto con el ambiente exterior (y con la mano del hombre del siglo xx), y que nos da

la idea de que, muy probablemente, el rey murió en primavera.

Carruajes, sandalias, bastones, mobiliario, armas, estatuillas sagradas, imágenes de dioses, amuletos, joyas, sarcófagos, tronos,

y una elaborada mascarilla de oro, todo un tesoro fantástico, acompañaba al rey Tutankamón en su viaje en búsqueda de la eternidad, de una nueva vida, sumergida en la divinidad.

Tutankamón, hijo del gran faraón Amen-Hotep III (contrario a quienes lo identifican como hijo de Akenatón) y de su hija y esposa Sat-Amon, reinaría en uno de los momentos más complejos e interesantes de la historia faraónica: en el período del Imperio Nuevo, XVIII dinastía, después de la grave crisis de Amarna, protagonizada por el faraón hereje, Akenatón y Nefertiti, experimento nefasto para Egipto, pese a que también sea erróneamente ensalzada, como una época de humanismo y esplendor. Las evidencias arqueológicas han demostrado lo contrario.

12

En consonancia con Bedman y Martín Valentín, en su libro *Amen-Hotep III, el Atón resplandeciente. Anatomía de un reinado*, el faraón-niño asciende al trono por tener sangre real; es decir, era hijo del último faraón legítimo, de acuerdo con las leyes de la fundación de la dinastía reinante. Así mismo, su madre había sido gran esposa real de Amen-Hotep III y no había vivido en la ciudad herética de Amarna. Todo lo anterior, bajo el dominio del clero del dios Amón, divinidad de la ciudad de Tebas, empeñado en retornar a la ortodoxia religiosa y a las ideas osiríacas del más allá, las cuales eran muy queridas por el pueblo.

Y surge la pregunta: ¿qué significaba ser un faraón?, ¿qué era eso de la monarquía sagrada?

Para poder acercarnos un poco al pensamiento y cultura del antiguo Egipto, debemos partir del presupuesto de que su pensamiento y cosmovisión eran comple-

tamente diferentes a nuestro pensamiento racional actual.

Cuando Heródoto, padre de la historia, visita a Egipto, en el siglo V a. C, escribe en su Libro II de *Historia*: “Este pueblo es el pueblo más piadoso que conozco”.

La vida en el antiguo Egipto se veía amenazada constantemente por el desierto, que quería devorar toda vida existente, y sólo el río Nilo era el dador de vida gracias a su inundación anual, que prodigaba a sus riberas las tierras de aluvión, permitiendo así la siembra de alimentos y la subsistencia. Una realidad dual constante y complementaria, como espejo perfecto del cielo. Lo que era en el cielo lo era en la tierra. Era un mandato divino, era el milagro de la existencia concedido por la divinidad.

Durante su reinado, el faraón Ramsés II (1279-1212) ordenó escribir una lista completa de todos los reyes que lo habían antecedido desde el origen de los tiempos, con algunas excepciones de reinados no ortodoxos. Para ello, sacerdotes y escribas tebanos investigaron en los archivos y bibliotecas de los templos y dependencias administrativas, como historiadores de su época, resultando de ello el Canon de Turín. Una de las peculiaridades de esta lista real radica en que los primeros reyes fueron dioses, siendo el último de ellos el dios Horus, hijo de Osiris e Isis, quien da su legado al primer rey humano, Menes, quien unifica el Alto y el Bajo Egipto, creando el primer Estado de la humanidad.

El legado de la realeza divina es heredado por un hombre, quien tendrá la potestad y la grandeza divinas para guiar a su pueblo como el buen pastor y como el juez que castiga al que desobedece.

Para la sociedad del Egipto faraónico, el poder divino en la persona del rey produjo una profunda separación desde los principios conceptuales del ser, entre el rey elegido por los dioses y sus gobernados. Se puede afirmar que el faraón era un extraño a la raza humana; vivía separado de ella y estaba dotado de poderes para controlar el orden del mundo, la armonía cósmica, la Maat, a la vez que asumía en su propia persona las fuerzas del caos, el mal y la violencia; es decir, el Isfet, preservando al País de Kem, el de la Tierra Negra, del peligro. Y es por ello que, en el sarcófago de oro macizo del rey Tutankamón, vemos los cetros del flagelo y el cayado del pastor.

Los antiguos egipcios no concibieron otra manera de gobierno que no fuera la monarquía sacralizada y dual, pues ella claramente había sido establecida en los inicios de la creación por mandato divino.

Sin duda, la fuerza vital de la cultura faraónica reside en el mundo de sus creencias, sus cosmologías y cosmogonías, su manera de religarse con el cosmos, con la divinidad, y es por ello que la interpretación y la lectura del gran jeroglífico que es toda la cultura faraónica, expresado en este caso en el tesoro sagrado de la tumba del joven rey, debe ser desde lo religioso, pues de otro modo resultaría sólo un tesoro frío y lujurioso.

Este gran motor religioso tenía como cabeza al faraón y a los sacerdotes iniciados como grandes teólogos, magos y sabios en un saber hermético.

En esencia, la monarquía faraónica se mantuvo, como el arte y sus formas, casi inmutable por más de tres mil años, con períodos de transición como lo fueron los períodos intermedios, que, según la concepción mítica

del tiempo, al haber realizado rupturas de las normas del esquema establecido por el demiurgo; es decir, la violación de la Maat, de la armonía del todo, conllevó a un castigo y, sólo retomando la senda creada por la divinidad en los orígenes de los tiempos, era posible vencer el Isfet y retornar a la Maat.

En términos del discurso mítico-religioso, que abarcaba toda la existencia de la cultura faraónica, encontramos que la sepultura y el ajuar funerario de la tumba del faraón Tutankamón, quien solo reinaría nueve o diez años y sin grandes hazañas y logros, es la sepultura de un dios en la tierra, quien viajará a las estrellas de siempre, al encuentro con la divinidad primigenia.

El faraón, nacido de madre mortal, pero concebido por el dios, podía enfermar, envejecer y morir, pero esto estaba contemplado en el plan divino de su existencia, para luego ser reemplazado por un nuevo monarca rebosante de juventud y vitalidad, como nace el Sol nuevamente en el oriente, pues muerto el rey, la monarquía sacralizada seguía viva esperando el retoño de una sagrada primavera: el nuevo rey.

Únicamente desde una concepción religiosa del asunto faraónico es cómo podemos acercarnos un poco para poder entender el mundo fascinante del antiguo Egipto y degustar de esta cultura que nutrió, como madre, las culturas de Oriente Medio y Occidente.

Ricardo Uribe Duque. Odontólogo Universidad de Antioquia. Egiptólogo, es miembro y profesor de la Fundación del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto.